



# UNA NOCHE EN EL CINE

OLGA MARQUÉS

El que persigue el sol me ha dicho que me llevará al LAGO DE LA MONTAÑA SAGRADA



**E**ra un sábado del mes de diciembre. Llegaron alrededor de las diez, y, aunque la sesión empezaba a las diez y media, ya estaba formada la cola. Siempre ocurría lo mismo, las entradas no estaban numeradas, la gente se ponía nerviosa y la fila acababa atravesando el bar y llegando hasta la calle. Esa noche no fue una excepción.

Resultaba extraño, tanta gente esperando para ver una película tan rara: *Sunchaser*. ¿Acaso, todos los que esperaban sabían de que iba esa peli?. Ella no lo sabía pero tenía sus buenos motivos para haberla escogido.

Realizada en 1996, *Sunchaser*, cuya traducción al español sería “El que persigue el sol” es la última película hasta la fecha de Michael Cimino. Y con toda probabilidad esta seguirá siendo la última.

Una semana antes había visto ¡Por fin! después de tantos años de espera, *La puerta del Cielo*. Rodada en 1980, es una película maldita, pero maldita, maldita, y ella, estaba claro, era una morbosa por tener ese cuelgue. Tuvo la suerte de que la pusieran un domingo, y se pasó toda la tarde en el cine ya que duraba casi cuatro horas. Exactamente 3 horas y 40 minutos; corta si se tiene en cuenta que la versión original montada por el director es de 5 horas y 25 minutos.

La película fue un desastre económico y llevó a la bancarrota a la productora, United Artists, acabando con el llamado *Nuevo Hollywood*, movimiento integrado por un grupo de grandes directores que durante los

años setenta crearon una serie de míticos títulos de autor (*El padrino*, *Apocalipsis Now*, *Taxi Driver*, *El cazador*, del mismo Cimino, etc. ). A partir de este episodio los productores cogieron de nuevo el control del poder, relegando a los directores, a los que durante años habían permitido todos los caprichos.



*La puerta del cielo* es un Wéstern, una película del Oeste por estar ambientada en esa parte del territorio de los Estados Unidos durante el siglo XIX, pero es un wéstern atípico. Expone los esfuerzos de los emigrantes europeos para adaptarse a su nueva tierra. No trata de hechos tan repetidos en este género como los ataques de los indios, o de ciudades sin ley gobernadas por malhechores, sino que se inspira en sucesos menos conocidos: los conflictos surgidos entre los campesinos, colonos y terratenientes durante la primera oleada de inmigrantes del este de Europa, en el Wyoming de finales del siglo. En concreto la guerra sucia que surge entre una poderosa asociación americana de ganaderos y los hombres recién llegado a esas tierras. Es un western de luchas de clases.

La película le sorprendió. Maravillosamente fotografiada, hermosa y llena de fuerza, muestra sentimientos como el amor, la amistad, la traición, la codicia, etc. reflejando, a partes iguales, las grandezas y las miserias del ser humano. Hay escenas excesivamente largas, sí, pero no tuvo la sensación de que la narración perdiera fluidez por ello.

Esa noche al llegar a su casa, con la sorpresa y el recuerdo aún intacto de la belleza de muchas de las escenas, tuvo la curiosidad de saber algo más de Michael Cimino. Lo último que había visto de él era *Manhattan Sur*, que, a pesar de la violencia de mucha de sus escenas le había gustado.

Entró en internet, directamente en imágenes, pues quería ver su aspecto. En las fotos aparecía un hombre moreno, de facciones algo toscas, en las que sobresalía una gran nariz. En todas era joven, de estatura más bien baja, con tendencia a la obesidad. ¿Dónde estaban las fotos que mostraban su imagen actual? No había ninguna. Calculó que tendría más de setenta años.

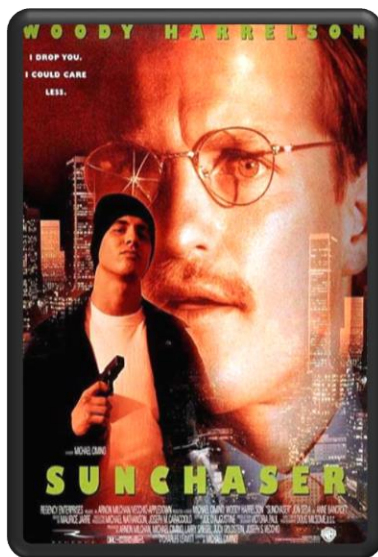


Lo que llamaba la atención era que mezcladas con sus fotos aparecía de forma repetida otra imagen. ¿Quién era? Era una mujer. Parecía una japonesa, y siempre, siempre, llevaba puestas unas enormes gafas de sol que, aunque le cubrían parte de la cara, no podían evitar mostrar una nariz afinada, pómulos resaltados y labios tratados con silicona.

¿Pero quién era esa persona? volvió a preguntarse.

Una de las imágenes ponía textualmente: “El director Michael Cimino durante el Festival de Cine de Roma en 2008”.

¡Alabado sea Dios! Era Cimino que se había transformado en ese ser. Sus motivos tendría, no iba a entrar en ellos. Le pareció un despropósito, pues algunas de las escenas de sus películas eran de una violencia extrema, absolutamente alejadas del cine de cualquier realizadora, si exceptuamos, hasta donde ella sabía, a Liliana Cavani. Un cuerpo de mujer con una mente de hombre, se dijo a sí misma.



Buscó su última película. Era *Sunchaser*. ¡Que bien! porque para finalizar el ciclo que el director había programado el cine Doré, la proyectaban la próxima semana. Y allí estaba ahora, pasando frío, con su acompañante, que no puso ninguna objeción cuando ella decidió ir a una película de la que ni siquiera recordaba su nombre. Para entretener la espera y también para justificarse hizo algunos comentarios sobre la carrera del director. Él, que por lo que había podido valorar era un auténtico erudito, sabía poco de cine. Ni siquiera recordada la película que le dio la fama: *El cazador*.

La cola de entrada empezó a avanzar tan deprisa que al poco tiempo ya estaban dentro de una gran sala con la mitad de su aforo aún vacío. Se sentaron a la derecha, alrededor de la fila diez, en las dos primeras butacas del pasillo central. Excepto ellos, nadie más se había sentado en esa fila. Una suerte, pensó, así podría colocar el bolso y el abrigo en la butaca de al lado.

De pronto, por el pasillo lateral, apareció un hombre. Rápidamente se metió en la misma fila y no se le ocurrió otra cosa que sentarse en la butaca que estaba junto a ella.

¡Vaya por Dios! ¡Vaya rabia!. Tuvo que colocar el bolso en el suelo, y el abrigo, que pesaba lo suyo, encima de ella. Comenzaba la película.

Un prestigioso oncólogo de un hospital americano tiene un paciente con un tumor cerebral inoperable. El médico interpretado por el actor Woody Harrelson, irreconocible con un bigotito rubio, gafas de estudioso, vestido con un traje clásico y una elegante corbata, era la viva imagen del triunfador. Además de su brillante carrera, formaban parte de su vida una hermosa mujer y una hija de corta edad. El único asunto que en esos momentos le preocupaba era acertar en la elección de la nueva mansión que estaba a punto de comprarse y a la que se trasladaría en poco tiempo. El enfermo terminal era un joven indio navajo, ingresado en la cárcel por el homicidio a un padrastro maltratador.

El doctor se dirige en su deportivo a toda velocidad al hospital. Va con el tiempo justo. En la radio suena una versión muy pegadiza de una canción italiana de finales de los años ochenta: *Cuándo, cuándo, cuándo*.

Al llega a la consulta, el paciente, que lleva tiempo esperando, entra para ser explorado. Y sin saber bien cómo, en plena exploración, secuestra al médico con una pistola que había escondido con anterioridad en un baño.

El hecho era insólito, toda una hazaña del joven que, además de estar custodiado por la policía, con su cabeza afeitada y el traje naranja de presidiario, no era precisamente la imagen de la discreción. Relucía más que el sol. El médico, secuestrado a punta de pistola, conduce su coche, despista a la policía, y emprende un viaje hacia lo desconocido en compañía de su paciente.

Tan entretenida estaba con la movida que sólo entonces, cuando la película llevaba más de media hora, se dio cuenta de lo que también le estaba ocurriendo a ella.

¿Y eso, desde cuando pasaba? se dijo sorprendida.

¿Desde que comenzó la película? No. No podía ser. Lo habría notado.

El hecho cierto, y no eran imaginaciones suyas, es que pegada a su pierna tenía la pierna del hombre que estaba sentado a su derecha.

Separó con rapidez la suya, y rehízo su postura hasta quedarse más tiesa que un palo. A partir de ese momento ya no pudo seguir con atención el desarrollo de la película, pues una parte de ella también estaba atenta a lo que ocurría a su derecha. Tampoco quería desplazarse hacia la izquierda y pegarse a su acompañante. Tenía sus razones.

Le conocía desde hacía varios años. Salían con frecuencia al cine, al teatro, después tomaban algo, comentaban lo que habían visto, y ahí acababa todo. Era un hombre maduro, soltero, culto, incluso entonces, a su edad, se mantenía atractivo. Pero no sabía casi nada de su vida personal, y menos aún de sus tendencias sexuales: ¿las tenía? ¿le gustaban las mujeres? ¿era un gran tímido? ¿ocultaba algún secreto?. A ella en particular le daba lo mismo. Valoraba su amistad, pero estaba acostumbrada a compartir con sus otros amigos comentarios, confidencias, consejos, y estas salidas con él empezaban a aburrirla.

En la pantalla había mucha acción, los protagonistas atravesaron varias autopistas hasta llegar a carreteras secundarias. No recuerda cómo el chico se deshizo del uniforme carcelario, cuando se percató ya no lo llevaba puesto. Elemental. Aunque las paradas eran las mínimas y lo hacían en tugurios, el modelo era muy conocido, el personal no era tonto.

Otra vez ¡No se lo podía creer! notó como la pierna del otro se acercaba de nuevo, y además todo su cuerpo se aproximaba a ella. Ahora sí que se puso atacada. Empezó a revolverse en su asiento. Movié el bolso, para centrarlo no sabía bien dónde. El abrigo cayó al suelo. Se bajó, se enderezó. No se estaba quieta.

Lo normal era haber cambiado de asiento. Su acompañante ante el desasosiego de ella ni siquiera se inmutó. Siguió imperturbable la acción de la película. No le preguntó si le ocurría algo, si se encontraba bien. Era una persona absolutamente discreta, no prestaba atención, vivía en su mundo. También podría ser que pensara que quería algún tipo de contacto con él, de ahí que no reaccionara.

No tuvo más remedio que solucionarlo a su manera. Dobló con cuidado el abrigo, lo colocó entre ambos asientos y también el bolso. Se pertrechó en su butaca.

Al poco tiempo vio cómo el tipo de al lado encendía su móvil, leía algo en él, y, de repente, levantándose a toda prisa, como hizo cuando llegó, se

marchó. Aliviada, por fin, pudo colocar sus cosas en la butaca de al lado y centrarse en lo que estaba pasando en la pantalla.

A esas altura el secuestrador y el rehén ya se entendían, y la policía lo sabía. El joven pretende ir a un lugar mítico para los indios navajos: el Lago de la Montaña Sagrada, cuyas aguas tenían poderes curativos. El prestigioso oncólogo Michael Reynolds, a pesar de su formación científica y falta de fe en los milagros, decide ayudarlo.

Para llegar tienen que atravesar los territorios donde se asienta la reserva de los nativos navajos, en el impresionante Monument Valley. Cada vez el cerco policial se va estrechando y el deslumbrante paisaje se vuelve más peligroso y abrupto. Cuando consiguen alcanzar la meta, el paciente, en estado terminal, tras bañarse en el lago, muere contento con la seguridad de que le espera una nueva y feliz vida. El doctor Reynolds también sabe que le espera otra nueva vida.

Es una “road movie”, una película de carretera, donde el viaje, además, tiene lugar en el interior de los personajes.

A la salida del cine, se acercaron a una cafetería a tomar algo. A los dos les había gustado la película. Ella, animada, con una copa delante, iba a contar el episodio que le había ocurrido en el cine. Tenía curiosidad por ver la reacción de su amigo. Comenzó hablando del talento malogrado del gran director Cimino, y también de su nueva imagen. Pero él la estaba mirando con tal expresión, que al instante dejó de cotillear.

Se estaba preguntado por qué esa noche que iba acompañada, un hombre había intentado tener una historia tan rara con ella. Nunca le había ocurrido antes, ni siquiera cuando iba al cine sola. ¿Era por el morbo? ¿Por el peligro? Desde luego que sí. El individuo era consciente de lo que hacía. Pero comprendió algo que se le había escapado.

Era seguro que antes de entrar ya la había seleccionado a ella, pero también, y de eso se estaba dando cuenta entonces, había seleccionado a su pareja. El merodeador era un buen psicólogo, buscaba solo acompañantes que no dieran problemas.

Ya no contó nada, limitándose a sonreír y escuchar sin prestar mucha atención una historia bien documentada sobre los indios de los Estados Unidos.

Continuamente, se le venía a la cabeza la musiquilla pegadiza de *Cuándo, cuándo, cuándo*. Se sabía parte de la letra, incluso alguna estrofa en italiano, pero en esos momentos no conseguía recordarla.

Se la sabía, se la sabía.....a ver...a ver ....sí ....sí.....

Dime cuándo tú vendrás  
dime cuándo....cuándo....cuándo  
el año, el día y la hora en que  
quizás tú me besarás...

Dimmi quando tu verrai  
dimmi quando....quando....quando  
l'anno, il giorno e l'ora in cui  
forse tu mi bacerai

Volvió a sonreír llena de alegría ¡Por fin! había conseguido recordar la letra de la famosa canción.



*N. de A. Este relato fue escrito en enero del 2016. Cimino murió, en julio de ese año.*